

## LOS EXCURSIONISTAS

*Tres tiendas de campaña en plena sierra. Medianoche. Árboles, maleza. Atada a dos troncos, una pancarta en la que se lee: “Grupo Ecologista Amigos de lo Verde”. Piedras y troncos a modo de asientos. Luz de luna llena. Viento que gime, lobos que aúllan. Alguien ronca en la tienda situada en el centro de la escena. Entretanto, bajo la luna, se abrazan apasionados LAURA y CRISTÓBAL. Visten ropa deportiva, como, después, los demás excursionistas.*

CRISTÓBAL. *(En susurros.)* ¡Umm! ¡Laura, Laura!

LAURA. ¡Chis! *(Le da un papel.)* Toma, guárdalo, que mañana no habrá ocasión. Y no me llames después de las cinco.

CRISTÓBAL. *(Lo guarda en el bolsillo. Luego.)* ¡Cómo me pones!

LAURA. *(Conteniendo la risa. Susurra.)* ¡Calla, que nos va a oír!

*Se acomodan en el suelo, en la afamada postura del misionero, y balbucean contenidos. De repente cesan los ronquidos. La pareja se queda quieta, escucha. LAURA se levanta, él le da un último tiento y se esconde rápido tras la tienda de la derecha. De la tienda central asoma la cabeza y los brazos de SERAFÍN. Tiene voz de locutor de radio: llena de matices, modulada, clara.*

SERAFÍN. ¡Laura!

LAURA. ¡Qué!

SERAFÍN. ¿Dónde has estado?

LAURA. ¿Estabas despierto?

SERAFÍN. ¿De dónde vienes?

LAURA. ¡Hijo! ¡Pues de cumplir una función biológica!

SERAFÍN. ¿Seguro?

LAURA. ¿Y qué otra cosa podía estar haciendo, según tú?

SERAFÍN. Pues estar con Cristóbal.

LAURA. ¿Con Cristóbal? ¿Para qué?

SERAFÍN. ¿Crees que no me he dado cuenta de cómo te mira?

LAURA. ¡Calla, que se van a enterar todos!

SERAFÍN. ¡Que se enteren! ¡Que este tío no te quita ojo!

LAURA. ¡No digas tonterías!

SERAFÍN. ¡Ese no me conoce, pero como se pase, me va a encontrar!

LAURA. ¡Por Dios, cállate ya! Mira, Serafín, no me fastidies con tus celos, que no son horas. Vengo de donde te he dicho, y si no te lo crees, peor para ti.

SERAFÍN. (*Luego.*) Perdona, Laura. Tienes razón... Es que ahora que te tengo, por fin, después de tanto tiempo, yo... Lo he deseado tanto que me da miedo perderte... Si te perdiera, me volvería loco... A veces, soy demasiado desconfiado, perdona.

LAURA. (*Entrando en la tienda.*) Vale, vale. Perdonado. Ahora vamos a dormir, ¿vale?

SERAFÍN. Dame un beso, anda...

LAURA. Pero solo un beso, ¿eh?, que no estoy para fiestas esta noche.

*Cierra la cremallera de la tienda. Cristóbal se mete en su tienda procurando no hacer ruido. Suena un beso. Vuelve a aullar el viento, gimen los ronquidos y duermen los lobos.*

*Pajaritos que despiertan; luz del amanecer. De la tienda derecha sale JULIO. Observa el silencio. Se cierra el anorak sobre su chándal, lleva una cámara de fotos y una mochila. Se aleja del campamento.*

SERAFÍN. (*Dentro de la tienda.*) Laura, ¿estás despierta?

*Mientras ellos hablan, CRISTÓBAL sale de su tienda y empieza a hacer ejercicios de calentamiento de brazos y piernas, flexiones... Sonríe.*

LAURA. Acabas de despertarme tú. ¿Qué quieres?

SERAFÍN. Nada; que todavía le estoy dando vueltas a lo de anoche.

LAURA. ¿Otra vez con eso?

*CRISTÓBAL coge una toalla y una bolsa de aseo. Se va camino del río. Después, SERAFÍN abre la cremallera de la tienda. Sale. Mira alrededor. Vemos que cojea, a pesar del zapato ortopédico de negra plataforma.*

SERAFÍN. Es que no soportaría que me engañaras. Y menos con Cristóbal.

LAURA. *(Saliendo también.)* ¡Hijo, eres peor que un marido! ¡Para este viaje no necesitaba yo divorciarme, vamos!

SERAFÍN. Tú has dejado un marido, sí; pero yo he dejado una familia, mi mujer, mis hijos... y lo he hecho por ti.

LAURA. No me lo repitas más, ¿eh? ¡No haberlo hecho! *(Mira furtiva hacia la tienda derecha.)* Ya te dije que te lo pensaras.

SERAFÍN. Sabes que no tenía nada que pensar. Te quiero desde que éramos niños, desde que íbamos al colegio, al instituto; desde siempre, Laura.

LAURA. Lo sé, lo sé.

SERAFÍN. Con tal de estar contigo, hubiese yo roto tres familias que tuviera.

LAURA. Vale, vale. *(Luego. Por los otros)* Estos parece que ya se han levantado. Anda, vamos a lavarnos al río. De paso, a ver si se te aclaran las ideas con el agua fresquita, ¿eh? *(Saca unas toallas y avíos para asearse.)* Pero prométeme que no vas a darme la tabarra con Cristóbal.

SERAFÍN. Bueno, está bien. Vámonos, sí.

*Hacen mutis. De la tienda izquierda sale NATALIA y se despereza mientras habla con MILAGROS, su compañera de tienda.*

NATALIA. *(A la otra.)* Aquí se masca la tragedia.

MILAGROS. *(Desde el interior de la tienda.)* ¡Vaya!

NATALIA. Pásame mis cosas de aseo, Milagros. *(La otra obedece.)* Es que no se puede ser cojo y feliz a la vez.

*Va detrás de la tienda, trae un cubo con agua y empieza a lavarse la cara y las manos. Luego, irá peinándose y maquillándose, mientras habla. A lo largo del siguiente diálogo, además de acicalarse, prepararán un café y lo tomarán en sendas jarras campestres.*

MILAGROS. *(Fuera de la tienda y dispuesta para el aseo matutino.)* Mujer, Natalia, qué cosas dices.

NATALIA. La verdad, nada más.

MILAGROS. *(Aseándose también.)* Di que no se puede ser feliz simplemente. Ya se sea cojo o no.

NATALIA. ¡Qué va! Si eres cojo, lo llevas peor. Cualquier cosa que digas, por sublime que sea, la desmiente tu pierna. Así es la vida. ¿Qué es lo primero que viste cuando Serafín apareció por la Asociación, eh? ¡A ver, dime!

MILAGROS. ¡Qué tonterías dices!

NATALIA. Que era cojo, eso fue lo primero que viste.

MILAGROS. Mujer, peor sería ser parapléjico; no poder moverse, estar condenado a la inmovilidad más absoluta... Eso sí debe de ser terrible...

NATALIA. Ahí te equivocas. Un parapléjico consciente de sí mismo sabe que no tiene esperanzas.

MILAGROS. Pues entonces. ¿No es peor eso?

NATALIA. Claro que no. No hay nada peor que la esperanza. Por la esperanza nos perdemos todos.

MILAGRO. ¡Joder, qué ácida eres, tú!

NATALIA. Una, que está muy quemada. Pero, vamos, Milagros, ¿Tú crees que a Serafín le importa de verdad la ecología? ¿Para qué crees que se apunta a las excursiones, por Dios? Que cualquier día se despeña. ¡Porque bebe los vientos por ésa! Y por la esperanza que tiene puesta en ella. Ha apostado fuerte, lleva toda la vida enamorado de ella. ¿Sabes que se conocen desde niños?

MILAGROS. No, no lo sabía.

NATALIA. Pues sí. Seguro que nunca pensó conseguirla y ahora está que no se lo cree ni él. Lo ha dejado todo por ella, mira tú, y le va a salir el tiro por la culata. No hay más que verlo.

MILAGROS. Habla tu resaca, que anoche cogiste una buena con los chupitos.

NATALIA. Te aseguro que eso es lo que pienso, haya bebido o no. Es más, lo único que le queda es mantener la dignidad. Si no, está perdido completamente.

MILAGROS. A Serafín y a cualquiera, mira tú. La dignidad es el último reducto.  
(*Luego.*) Yo tuve un enamorado que era cojo...

NATALIA. ¿Y qué?

MILAGROS. Pues nada. Yo era muy joven y... No pasó nada... Era un tío inteligente, unos ojos muy bonitos, ¡y tenía unos detalles preciosos conmigo! Pero...

NATALIA. Pero era cojo, ¿verdad?

MILAGROS. No, no... claro que no... No era eso, por Dios.

NATALIA. Claro que sí; no te engañes. Cuando somos jóvenes esas cosas se tienen muy en cuenta y... luego, también. Que la estética nos importa a todos muchos. Conmigo se metían en el colegio porque era gorda; me hacían la vida imposible, me pusieron un mote... Estas cosas te pesan como una losa. Prefiero no acordarme...  
(*Luego.*) Ahora, la gente me mira, no me dice gorda, pero lo piensa, lo sé; siempre. Lo primero que ven en mí es... que soy gorda.

MILAGROS. (*Nostálgica.*) No te creas que me era indiferente. Aquel tío. La voz que tenía, la sonrisa... Algunas noches soñaba con él... Era... encantador, esa es la verdad...

NATALIA. ¡Bah! ¡Donde se pongan los hechos, que se quiten los sueños! (*Después.*) Pensándolo bien, no sé quién lo llevará peor, si Serafín o yo...

MILAGROS. Vaya, y ¿por qué?

NATALIA. Porque yo soy lo que mucha gente llama puta.

MILAGROS. ¡Los tiempos han cambiado afortunadamente!

NATALIA. No seas ingenua, Milagros. Que muchas ideas sobre las mujeres siguen siendo las mismas. Mira, yo no soporto dormir sola... No me gusta... (*Casi para sí.*) Muchas noches me busco compañía en los bares de copas y algunos tíos, aunque no me llamen puta, me hablan con un tonillo que... me están diciendo puta sin decírmelo... (*Riendo.*) Y lo peor es que, en todo caso, soy aficionada, nada más... porque cobrar, no cobro.

MILAGROS. Pues cambia de vida...

NATALIA. ¿Yo?, ¿y por qué, si me gusta lo que hago? ¡Que cambie la sociedad, joder! Además, mis amantes me necesitan tanto como yo a ellos...

MILAGROS. Oye, perdona si te molesta esta pregunta... ¿Tú te has acostado con Cristóbal?

NATALIA. Claro que sí. Y no hace tanto tiempo.

MILAGROS. No sé por qué me lo había imaginado. ¿Y qué, eh?

NATALIA. Pues nada; un desastre. Está más preocupado por su aspecto que por cumplir como Dios manda. De 0 a 10 le doy un 3. Un musculitos, pendiente siempre de sí mismo...

MILAGROS. Sí, sí... Le pega eso que dices...

NATALIA. Lo llamaba por teléfono y lo ponía a cien... lo calentaba... Era divertido...  
Luego, venía a mi casa desesperado.

MILAGROS. ¿Lo calentabas por teléfono?

NATALIA. Sí por teléfono; claro. No veas qué punto cogíamos. *(Luego.)* ¿Te gusta Cristóbal?

MILAGROS. ¿A mí? ¡Por favor! No es de mi estilo para nada.

NATALIA. ¿Y cuál es tu estilo?

MILAGROS. No sé... más centrados, más... ¡Que tengan algo en la cabeza, hija!

NATALIA. Pero Cristóbal está muy bueno, Milagros. No me digas que no te has fijado.

MILAGROS. ¡Psssis!

NATALIA. ¡Anda ya! No seas mentirosa... ¡Si salta a la vista, mujer!

MILAGROS. No sabría qué hacer con un tío así.

NATALIA. Ni él contigo, y perdona.

MILAGROS. ¿Qué quieres decir?

NATALIA. Nada, mujer; no te ofendas. Que a él le gusta divertirse, el morbo, las situaciones imprevistas, los retos... Y tú no creo que...

MILAGROS. ¿No crees qué?

NATALIA. ¡Que eres demasiado sosa, joder! ¡Que no quería decírtelo!

MILAGROS. Prefiero ser así a ser como tú.

NATALIA. No te enfades, joder, Milagros, que eres una tía estupenda, de verdad. Pero como tú has dicho antes, tienes tu estilo; cada uno tenemos el nuestro y ya está. A ti te pega más Julio.

MILAGROS. ¿Julio? No sé. No lo he pensado nunca.

NATALIA. ¡Anda ya! Si estás al quite. Que a mí no se me escapa una, ¿eh? Pero con ese no tienes nada que hacer; te lo digo ya. Ese parece... no sé... no sé muy bien qué... lo mismo es de la acera de enfrente... No me extrañaría...

CRISTÓBAL. *(Entrando con la cara lavada y recién peinado.)* ¿Qué? ¿De cháchara?  
*Suelta sus cosas de cualquier forma dentro de su tienda*

NATALIA. Buenos días, Cristóbal. ¿Qué tal va todo, eh?

CRISTÓBAL. *(Haciendo algunas flexiones.)* Va, va.

NATALIA. Ándate con cuidado, no vayas a salir mal parado de esta. Lo digo con la mejor intención, ¿eh?

CRISTÓBAL. Tú métete en tus cosas, guapa.

MILAGROS. ¿Has dado un paseo?

CRISTÓBAL. Sí, por ahí, cerca del río. Está de vicio esta sierra. Ahora tengo un hambre que me muero. Me voy a comer lo que se me ponga por delante.

NATALIA. Vete con ojo, no vayas a atragantarte.

CRISTÓBAL. ¡Déjame en paz!

NATALIA. No, si por mí, como si revientas...

CRISTÓBAL. Pues eso. Y no me tires de la lengua...

*Va a prepararse un café.*

MILAGROS. Mujer, no lo provoques. Déjalo.

NATALIA. Si es que es un capullo, ¿no lo ves?

MILAGROS. Un poco tonto, pero es inofensivo.

NATALIA. Tontos como estos son peligrosísimos. Tú eres una ingenua, Milagros.

*Vuelve CRISTÓBAL con su café y un par de cruasanes y empieza a engullir mientras habla.*

CRISTÓBAL. Bueno, Milagros, ¿no te animas a dar un paseo?



MILAGROS. No. Hoy tengo agujetas de la excursión de ayer. Me voy a quedar aquí tranquilita, leyendo algo.

CRISTÓBAL. Ni que hubieras escalado el Kilimanjaro...

MILAGROS. Es que no estoy acostumbrada a andar tanto.

CRISTÓBAL. Es que las mujeres tenéis poco aguante. Táchame de machista si quieres...

NATALIA. Tú eres demasiado primitivo para ser machista. Se requiere cierta actividad cerebral, incluso para ser machista. Tú lo que eres es un descerebrado y un fatuo, hijo.

CRISTÓBAL. ¿Lo has visto, Milagros? Sin mediar provocación por mi parte y esta tía... ¡Que me dejes, tía! Oye, y que me va a amargar la excursión, la muy borde...